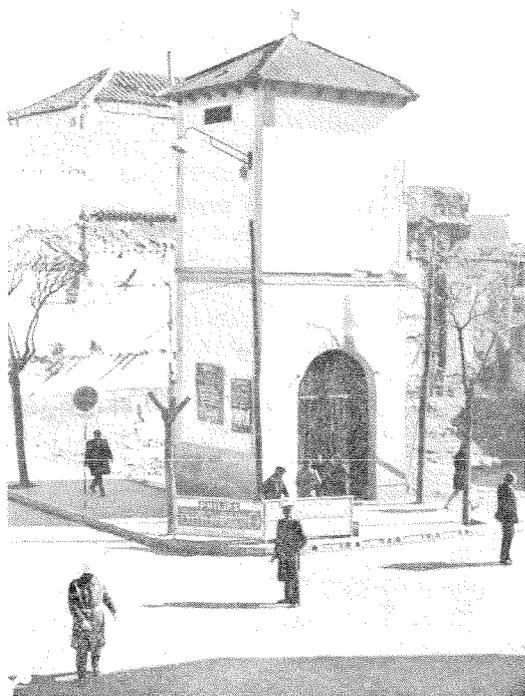


fué zapatería desde que se salió al Cristo Inocente Vaquero a la muerte de su padre y no sé si antes, porque el local parecía que lo habían hecho para eso, si bien el Calero, seguido de Moraleda, enfrente de la barbería de Quintanilla, Ojos de Rana en el callejón y Antonio Vaquero en la Placeta, lo tenían bloqueado. En esta obra hay fotografías en las que se ve la zapatería del Cristo con su gran cortina de anchas rayas blancas y azules que entonces usaban todos los establecimientos para tapar sus puertas y preservarlas del sol y de las moscas.



El Cristo, solitario otra vez y a merced de los vientos, sin el apoyo de aquellos observadores perennes que se decía sostenían sus esquinas.

El Cristo ha venido a quedar, despues de estos derribos, solitario en la explanada, como lo estuvo entre huertas antes de hacerse este barrio. Veremos cómo lo abrigan ahora y cómo le sienta el ropaje de las fibras sintéticas, tan deslumbrantes como poco duraderas.

Es la tercera y fundamental acometida para la transformación de la Puerta de Villajos, quitándole definitivamente el aire campesino, de afueras de la Villa, ambiente de extrarradio, de gente parada no por el cansancio del esfuerzo o la fatiga, sino por la pereza mental, aumentada con esa reminiscencia de romería que se notaba el día de las Cruces. El Cristo y la Plaza eran muy diferentes. La Plaza lugar de mercaderes; el Cristo lugar de esparcimientos y mescolanzas.

La nueva solada borrará, también, de una, las pisadas rumbosas de aquella mujer primera de Candeales que desde la Cabecera del Rastro, lugar desde el que se veía el campo, como desde el Cristo el Cerro y las